

Todo empieza en septiembre

Daniel Bernabé



Daniel Bernabé



Todo empieza en septiembre

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Daniel Bernabé, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: enero de 2023

Depósito legal: B. 22.038-2022

ISBN: 978-84-08-26685-3

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

CAPÍTULO 1

Siempre se cuenta el inicio de la aventura, el momento en que el barco suelta amarras y emprende la travesía, la jornada en que el viajero planta el paso más allá de su frontera, pero casi nunca narramos lo que significa volver. Jaime regresó a Madrid un día de septiembre de hace ya un año, a esa ciudad de la que puedes huir, pero de la que rara vez consigues escapar. En aquel regreso, con un cielo de verano encapotado, blanquecino de aburrimiento, solo le acompañaba una maleta en la que guardaba lo que había podido rescatar del naufragio. No era la primera vez que su vida hacía aguas, pero sí la ocasión en la que el aviso de iceberg había llegado en el momento menos oportuno.

Siempre hay señales si se saben ver, si se quieren ver. Una bandada de pájaros que vuelan graznando a deshorras, una grieta imperceptible en el pavimento como firma de una oquedad mayor, unas boyas en el Atlántico norte que advierten del incremento brusco de temperatura. En las películas de catástrofes todo el mundo sigue con su vida predecible a pesar de las advertencias de un protagonista al que nadie cree hasta que ya es demasiado tarde. Las señales, en aquellos últimos meses, también estaban ahí, pero Jaime prefirió ignorarlas porque el miedo es un anestésico más poderoso que el zarandeo de la realidad.

De ahí que el pasado septiembre hubiera tenido que

tomar un autobús desde una ciudad del sur, de ahí que al llegar a destino su aspecto fuera el del paseante al que una tormenta de verano ha atrapado desprevenido: cara de estupefacción, el atuendo hecho un guiñapo y el pelo como una fregona vieja cayendo por la frente. Aquel día estaba adormecido a base de dolor, actuando como un autómatas, con la mente aún en la conversación que había puesto fin a una relación que, siendo tan prosaica como cualquier otra, había sido la suya. Pero hoy era otro septiembre, con ese verano que se agota en unos árboles, más que dorados, secos por extenuación.

Jaime, en aquella vuelta al sol que mediaba entre su regreso y el presente, había cumplido los cuarenta, había encontrado un piso en la calle Atocha y había andado más que en ningún otro momento de su vida. Andar, andar sin rumbo ni dirección, a la deriva, más por asfalto que por campo, más por esquivar la angustia que por mejorar la salud, más por perderse en la música que por encontrar nuevos senderos. En una de esas caminatas junto a Alberto, que aparecía en la agenda por la A de amigo, le había dicho que su generación, esa de la vida entre andamios, se enfrentaba a su posguerra paseando.

En aquella posguerra no se fumaban geranios, ni los coches se movían con gasógeno, ni había viejas deladoras tras los visillos, rumiando su venganza mientras que respiraban fatigosamente los gases del brasero. En España no habían sonado las sirenas antiaéreas, ni siquiera cuando aterrizaron los hombres de negro enviados por la Troika: esta vez se descuartizó al país con el pulso pulcro de un burócrata europeo de nombre impronunciable. Ahora, como entonces, después de perder la batalla, la gente había vuelto a pasear, que es el andar por entretenerse, también porque era barato. En vez de llevar la revista *Triunfo* bajo el brazo, uno guardaba el móvil en el bolsillo para

que te marcara la distancia recorrida y contara los pasos. Teníamos los datos, nos faltaba saber qué hacer con ellos.

Si de algo se sentía orgulloso Jaime, en aquellas cuatro décadas en las que además de andar había intentado vivir —no siempre con la suerte de cara, pero a menudo con sus errores al hombro—, era de que había conseguido dar esquinazo al trabajo asalariado. Jaime, por resumir, era periodista, aunque ni estudió la carrera, ni tenía carné de prensa, ni una redacción a la que acudir. Escribía casi todo aquello que se podía escribir: artículos, entrevistas, columnas, reportajes, crónicas, cuentos, ensayos e, incluso, de vez en cuando, había creado argumentos para un programa de misterio en televisión. También había subtulado series para una empresa californiana que operaba desde la India. Autónomo, pero de la estabilidad de una nómina, cada mes con las deudas a salto de mata y lidiando frente a una docena de cargos intermedios que lo consideraban alguien prescindible del que ir tirando cuando hacía falta.

Así que aquel orgullo era un orgullo a medias, un haber esquivado al sopor para sobrevivir en la incertidumbre. Si en aquellos años triunfaba una serie ambientada en un medievo fantástico, donde a cada casa nobiliaria se la conocía por un lema que coronaba su blasón, el de Jaime podría haber sido perfectamente «Parecía que sí, pero al final no». Como con Irene, compañera de profesión que había conocido en este último año, a veces amante, a veces amiga, nunca pareja, siempre huidiza cuando se acercaban a ese punto en el que se pasa del escarceo a lo permanente. Lo peor es que siendo diez años más joven que él parecía más segura ante todo, no porque tuviera respuestas, sino porque había aceptado la indeterminación como ecosistema óptimo donde evolucionar.

Aquella mañana de septiembre, la calle Atocha iba re-

cuperando el pulso tras las vacaciones: furgonetas de reparto, turistas buscando museos y gente que andaba con prisa capitalina a por el café, ambiente ajetreado sin llegar aún a la tensión de una jornada laborable convencional. Atocha era una cuesta pronunciada que empezaba en la plaza Carlos V, donde se situaba la estación del mismo nombre, y que ascendía hasta Antón Martín, con su farmacia del Globo y su monumento a los abogados asesinados por los fascistas en los setenta. Que continuaba, ya en llano, hasta Jacinto Benavente, plaza de paso, lumpen y autobuses, terminando en la Provincia, con el Ministerio de Exteriores y la plaza Mayor como colofón herreriano. Atocha conectaba el modernismo ferroviario del XIX con el Madrid de sobriedad geométrica de los Austrias, servía de frontera entre el Barrio de las Letras y la antigua judería de Lavapiés y era, en sí misma, una calle comercial que nunca acabó de despegar: oscura en invierno y calurosa en verano, con hoteles modernos y pensiones roñosas, con cuchillerías y casas de putas, con kebabs, bares de viejos, nuevas tabernas creativas y hasta una tienda de bicicletas. Y con Jaime, que se le parecía por no acabar de ser, en el fondo, de ninguna parte.

Lo primero, pensó, es desayunar como es debido, porque un lunes se merece algo más que una nevera olvidada en una buhardilla en silencio. Lo segundo sería ir a ver a doña Concha, a la que así había bautizado ya que desconocía su verdadero nombre. Se dirigió a El Rápido: bar restaurante, servicio esmerado, precios populares, gracias por su visita. El Rápido tenía barra de zinc, una tragaperros de temática western y una dueña que se parecía a la estanquera de Fellini o a la Ofelia de Ibáñez. También una clientela formada por algún mantero sin faena, las dependientas del almacén de telas, los librereros italianos de Relatores y, por encima de todos ellos, Serafín, un viejo que había llegado de Orense muchas décadas atrás y que

pasaba los días que le quedaban gastando la pensión en chatos y mirándole las tetas a Ofelia, que tampoco se llamaba así, pero da igual. Serafín, cuando notaba que el bar se aburría, se ponía a cantar alguna cancioncilla picante de revista de variedades.

—Serafín, hijo, canta bajito, anda, que aún no es ni mediodía —le decía Ofelia levantando la vista de unos albaranes de entrega.

—Es que con algo me tengo que entretener, que tú vienes aquí a trabajar, pero yo ya no tengo nada que hacer, ¿comprendes?

Jaime desayunaba dos porras y un café con leche, descafeinado, porque desde hacía algún tiempo el completo le daba taquicardia. Eran ese tipo de detalles insignificantes los que en el fondo le recordaban que la juventud iba quedando lejos y que eso llamado «achaques» eran los nuevos invitados a la fiesta, sentándose todavía en un rincón, calladitos, pero mirando ya con sonrisa socarrona a su anfitrión. De todos modos, el mayor problema de Jaime, en lo que a consumo se refería, no era el café precisamente.

Mientras ojeaba el periódico, con más desgana que atención, apareció ella, en una entrevista a doble página, retrato de aspiraciones artísticas incluido, con ese insoportable gesto propio de quien cree que sus palabras, su vida, sus decisiones, están siempre por encima de las del resto. Mediana edad, media moral, ambición completa. Se llamaba Claudia de la Hoz, era una de las productoras de televisión más exitosas del país y, pese a que solía mantener un discreto segundo plano, a nadie se le escapa que su influencia iba mucho más allá del negocio del entretenimiento.

—Sacerdotisa *espúrea* de los peores sacerdocios —dijo Jaime mirando el periódico.

—Bueno, y ahora tú, el escritor. Menudo circo de bar.

¿Quieres que te alcance el *Diez Minutos*? —dijo Ofelia con sorna.

—No, si en el fondo me anima. Me va la marcha, ya lo sabes.

—Ah, ¿sí? —decía Ofelia mirando a Jaime con un cierto brillo en los ojos, recuerdo de un flirteo adolescente que algunas mujeres conservan a pesar de haber dejado atrás aquella etapa hace mucho.

—¿Qué te debo, jefa?

—Lo de siempre.

Dejó las monedas en la barra, guiñó el ojo y fue a sentarse en uno de los bancos de Antón Martín. Miró el reloj y temió que, siendo ya las once y media, se le hubiera pasado el mejor momento del día. Intuyó que no, al ver aquel balcón medio abierto. De improviso apareció doña Concha, en bata de flores, con el pelo recogido y con la expresión de gravedad del verdugo antes de la ejecución. Doña Concha se ponía a otear la calle como un águila observando a los ratoncillos hasta que fijaba su vista en alguno. Se llevó a la boca algo que parecía una ciruela y le dio un mordisco. A continuación, se la lanzó con precisión de arquero inglés a un tipo moreno con el pelo engominado, cuerpo moldeado de gimnasio, pinta de cretino o de futbolista, acertándole en plena cabeza. Mientras que la víctima del día miraba desconcertada a su alrededor, nadie en la plaza se había percatado de la autora del ataque, menos Jaime que observaba cómo doña Concha se moría de la risa mirando, con tanta precaución como maldad, detrás de las cortinas. Sacó el móvil y escribió un mensaje a Alberto:

Lo ha vuelto a hacer, doña Concha le acaba de atizar un ciruelazo a un puto Cristiano Ronaldo. En la cabeza. Esta señora es un prodigio.

Al cabo de unos segundos, Alberto empezó a escribir, desde su desayuno, en la cafetería aclimatada de alguna administración pública. Aunque vistiera en esos momentos de aburrido traje y corbata, en la foto de perfil del sistema de mensajería llevaba una gorra de plato al estilo de John Lennon en *Revolver* y bigote de herradura coronando una gran sonrisa de pícaro de historieta.

No me lo creo. Te lo inventas casi todo
y esto también. No existe esa vieja
vengadora. Has salido ayer, cabrón, y
no se te ha pasado el subidón todavía.

Alberto, ven a verla un día, tío, lo vas a
flipar. Di en la mierda de trabajo ese
que tienes que estás malo y ven mañana,
y luego nos vamos por ahí.

Sí, claro. Ya te dije que no puedo hasta
el viernes noche, no me seas ansias.

Te tomo la palabra.
Más te vale no fallarme.

Jaime escribía por las tardes, sobre todo por las noches, y dedicaba sus mañanas a lo que él llamaba «no perder el pulso de la calle», que realmente significaba gastar el tiempo de manera inútil y desordenada. Se levantó y se dirigió a su tercera cita del día, tras El Rápido y doña Concha: la oficina bancaria. Antes vio que la pantalla del móvil le indicaba que había recibido un nuevo correo electrónico, pero lo dejó para más tarde, como casi todo. Se internó hacia Huertas, deteniéndose en la librería de viajes y montaña, con un bonito escaparate en madera oscura que le

daba un aire al inicio de una aventura a lo Kipling. Allí vio un libro con la imagen de unas cumbres troqueladas como un puzle, la esquina inferior derecha de la foto simulaba el desprendimiento de una de las piezas. Se titulaba *Avanlancha*.

Con cada nuevo naufragio, Jaime intuía que había dejado algo de sí atrás. Sentía cansancio y pereza al ver de nuevo su rompecabezas deshecho caóticamente, pero no era solo eso. Era, sobre todo, que con cada nueva ruptura algunas piezas se perdían, se quedaban olvidadas en algún rincón o sencillamente ya no encontraban la forma de encajar. ¿Cuántas veces se puede reconstruir una persona? ¿Cuántas empezar de nuevo? Nadie muere por amor, no era eso. Jaime sabía que habría una nueva chica con la que pedir una pizza un viernes noche mientras buscaban qué peli ver; la cuestión era por qué todos esos viernes noche, todos esos sofás, todas esas chicas no habían sido la definitiva, esa con la que quedarse a ver pasar la vida. Llegó un momento en que las instrucciones de montaje con las que empezamos la juventud están llenas de tachones, notas al pie, enmiendas de caligrafía temblorosa. Jaime había tenido la vida sentimental de un actor de Hollywood, pero con la mitad del glamur y una pequeñísima parte de su dinero. Hubo un tiempo en que presumía irónicamente de ello. Hubo un momento en que dejó de hacerlo.

Además, estaba el asunto de los recuerdos que, para alguien con una prodigiosa memoria entrenada en atesorar detalles, se convertían en un lastre con el que era difícil avanzar. Cerrar la puerta de tu casa por última vez es siempre duro, más si sientes que dejas atrás a alguien al que no volverás a ver. En aquella ocasión fue su gato, uno blanco y negro, de ojos inteligentes, que cuando lo acogieron no era mucho más grande que su zapatilla. Como él trabajaba en casa, mientras que ella salía todos los días a

pasar consulta en el ambulatorio, desarrolló una empatía con el animal en la que ambos parecían entenderse más allá de lo que la comunicación entre especies suele marcar. El gato respondía por su nombre, le tendía celadas a las que Jaime se prestaba jugando como lo hubiera hecho con un crío. Quizá era otra de las señas de su generación, aquella que cambió el amor de un hijo por el de un felino, precariedad mediante y una pueril inconsciencia del paso del tiempo. Cuando veía aparecer una maleta, el gato sabía que se iba a quedar solo, cosa que odiaba, subiéndose sobre ella para evitar, inútilmente, que se fueran de fin de semana. En aquella última despedida, en la que Jaime pasó brevemente por la que fue su casa para embalar sus cosas y recoger lo que podía transportar por sí mismo, el gato dormía en el sofá cuando él abrió la puerta para marcharse, despertándose con el sonido de unos goznes inoportunos. Los ojos del animal, al ver la maleta, al ver a Jaime sosteniéndola en la puerta, fueron de estupefacción, de recriminación silenciosa y doliente por un abandono definitivo. Puede que un gato no pueda sentir y expresar algo tan elaborado, puede que todo aquello fuera imaginación de Jaime. Puede que no. Aquellos ojos de pupilas rasgadas, por encima de muchas otras cosas, aún le dolían cuando estaba solo; hay miradas que dejan cicatrices y la de aquel animal fue una de ellas.

Jaime pensaba en todas estas cosas más a menudo de lo debido, como cuando palpaba el rastro de una herida de forma imperceptible pero reiterada, una que parece cicatrizada, pero que aún sigue sangrando en lo incógnito de la carne. Casi nadie sabía de esta aflicción porque regresar tiene estas cosas. Un día Jaime se marchó con la ilusión palpitando y unos años después regresó con las expectativas carbonizadas. En medio de aquel lapso, visitas esporádicas donde, quizá porque no se lo quería reconocer a sí

mismo, quizá por la pereza que da ser siempre el portador de malas noticias, cada vez que alguien le preguntaba: «¿Qué tal te va?», respondía con una fórmula de cortesía donde todo marchaba estupendo, cuando sus ojeras atestiguan lo contrario. Tras la vuelta definitiva, el año del aterrizaje en Madrid, la gente cercana, con la mejor de las intenciones, pero con la peor de las informaciones, lo trataba como la persona que recordaban cuando se fue, no como la que era después de su enésimo accidente personal cuando regresó. En ese camino se fue alejando no solo de quien había sido, sino de los que habían sido como él; la amistad no soporta tan solo basarse en recuerdos y buenas intenciones.

Enfiló Huertas, con una media mañana donde las terrazas empezaban a acoger a los primeros clientes, llegando a la Puerta del Sol en poco más de diez minutos. Sol había tenido muchos papeles en la vida de los que poblaban aquella ciudad, también en los que estaban de paso. La plaza, lugar de ebullición, encuentro y revuelta, también de aspiraciones comerciales, era hoy el escenario de una tragicomedia donde las tiendas habían sido sustituidas por bazares que vendían fundas para móviles, donde la pobreza se intuía en cada personaje disfrazado que intentaba sacar unos duros posando para alguna fotografía. De las pancartas y la protesta quedaba un lejano recuerdo. La ciudad, el país, no daban ya para más que ser un tablao para ratones Mickey con expresiones grotescas, estatuas vivientes de ojos tristes y un oso junto al madroño en el que algunos oteaban, con la expresión dubitativa de esperar una cita que nunca llega, al hormiguero de viandantes. Para rematar, una oruga acristalada emergía del subsuelo, con esa arquitectura que se pretendía vanguardia a principios de siglo, pero que había quedado, en apenas veinte años, como testimonio de que lo hortera siempre busca

refugio en la contemporaneidad. Era una estación de tren, otra, que le recordaba que un día de estos debía dejarse caer por la periferia para ver a sus padres.

Por fin llegó a su tercera cita de la mañana, la sucursal bancaria que una vez había tenido, cuando era caja de ahorros, el oso y el madroño de las citas perdidas en su logotipo, en el que ahora, tras la década de la crisis, debería figurar un exministro sonriendo taimado tras tocar la campana bursátil. Un día, de esos en que Irene se quedó a dormir en su casa, fingiendo que había algo más de lo que había, quizá creyéndolo hasta la salida del sol, ella se empeñó en hacerle ver las virtudes de la banca ética, en uno de esos ataques de moralidad mediante el consumo que la definían tanto. Jaime la miró un rato en silencio, después de que ella acabara de explicarle los proyectos y las ventajas de esos bancos con corazón, respondiéndole, en un tono que podríamos calificar como poco amigable, que él prefería a los sinvergüenzas a cara descubierta. Como en Sol, todo tenía que llevar un disfraz, especialmente lo malo, pero si no se encontraba uno conveniente, ya se encargaba la propia gente de imaginárselo.

Jaime se sentó a una mesa con Marina, de quien había recibido una llamada unos días antes. Tras las sonrisas y una cortés introducción, que giró en torno a la meteorología del fin del verano, la empleada bancaria fue al grano.

—Señor Peña. —Jaime se apellidaba Peña Peral, lo cual siempre le había parecido algo entre el chiste, lo topónimo o lo bíblico—. La realidad es que, lo mire por donde lo mire, sus cuentas no cuadran.

—Ya, qué me va a decir usted trabajando donde trabaja.

—El caso es que nuestra intención era ver con usted la manera óptima en la que puede afrontar su crédito con

respecto a sus ingresos, ya que la tendencia de estos últimos meses no nos indica una evolución positiva.

—Mire, Marina; la puedo llamar Marina, ¿verdad? La cosa, para los que nos ganamos la vida escribiendo, está jodida, como pasa con otras muchas profesiones. Como usted dice, cada vez se paga menos, más tarde y peor.

—Nos hacemos cargo, Jaime, pero ya nos ha devuelto usted tres letras.

—Que he ido luego pagando cuando he podido. Como entenderá lo primero que hago es quitarme el alquiler, luego comer y de ahí en adelante.

—El problema es que también tiene usted múltiples retiradas de efectivo...

—Sí, ¿y?

—Pues que se gasta usted al mes más de lo que ingresa.

—Sí, ¿y?

—Pues que, si esto sigue así, Jaime, no podrá abonar el crédito y tendremos que dar orden de embargar sus ingresos para que haga frente a sus responsabilidades con la entidad.

—Y me habla usted de responsabilidades, que trabaja en un lugar que si aún existe es gracias al dinero que pusimos entre todos para pagarles la fiesta. Una gorda, por cierto. De esas con cebras, volquetes de putas y farlopa —según lo dijo, Jaime se dio cuenta de que no había sido una buena idea.

—Señor Peña, nuestra intención no es discutir con usted la moral del sistema bancario del país, sino ayudarlo a sanear sus cuentas. ¿Ha pensado quizá en reducir lo que paga de alquiler?

—No veo muy por la labor al rentista de mi casero de bajarme lo que pago.

—Comparta piso.

—No puedo compartir piso. Lo primero, Marina, por-

que tengo cuarenta años. Lo segundo, porque soy una persona extremadamente difícil en el trato con la gente que no es como yo. Como se puede dar cuenta.

—Bajo nuestro punto de vista, señor Peña, o aumenta usted sus ingresos o reduce los gastos, pero la actual tendencia de su curva es insostenible por más tiempo.

—Marina, son ustedes únicos dando consejos y soluciones. Qué pena que no se los aplicaran a sus jefes cuando tuvieron oportunidad. ¿Algo más?

—Solo desearle una provechosa mañana, señor Peña.

—Igualmente, Marina, igualmente.

Jaime salió del banco murmurando insultos, como cuando en los tebeos, dentro del bocadillo, aparecen espirales, explosiones y calaveras. Se detuvo un momento con el agente de seguridad que estaba en la puerta.

—Señor agente, perdone; aquella empleada rubia del fondo ha tratado de seducirme. Tenga usted cuidado.

Antes de que el uniformado pudiera salir de su asombro, Jaime estaba en la calle, con el estómago revuelto porque solo había constatado, con profesional asepsia bancaria, lo que ya sabía: así no podía seguir viviendo. El problema era que lo que le había dicho a Marina era cierto: se veía no solo demasiado mayor para tener que convivir con un extraño, sino que, además, de tener que hacerlo, no sabía con qué tipo de individuo podría compartir una casa ya de por sí diminuta. En una de las habitaciones, por no llamarlo cuartucho, trabajaba, en la otra dormía y en el salón-cocina-recibidor, con un baño incrustado en un hueco de la pared, hacía el resto de cosas que se hacen en una casa, es decir, alimentarse y pasar las resacas viendo programas sobre las desventuras de un establecimiento de empeños de Las Vegas, o cualquiera de esos productos televisivos que solo requerían del espectador que no se olvidara de respirar.

La mañana se había empezado a nublar y no solo por su visita al banco, algo que en el fondo le agradaba; Jaime era más de Escocia que del Caribe, sin haber estado nunca en ninguno de esos lugares. Caminó bajando de Alcalá hasta Cibeles y de ahí al paseo del Prado, el último reducto de ilustración que quedaba en la capital. El centro de las ciudades, al menos en Europa, es el corazón que define al resto. El centro de Madrid había tenido muchas personalidades a lo largo de las últimas décadas. El preferido para Jaime era el que recordaba cuando paseaba, a mediados de los ochenta, de la mano de su padre, que en aquella época solía vestir con cazadora de cuero marrón, camisa de cuadros y corbata, llevar melena y barba y *El País* bajo el brazo. A su alrededor la ciudad hubiera sido la de *El crack* de Garci, la de *Bajarse al moro* de Colomo o la *Ópera prima* de Trueba. Una ciudad tiznada del hollín de los coches y las calefacciones, aún con inviernos gélidos y veranos de verbenas, geranios floridos en los balcones de primavera y otoños de tejados de tejas rojas. Calles pintadas de punks, mods y rockers, infinitas variaciones de los atuendos de guerra de una juventud que había descubierto que se podía ser algo, alguien, por la música con la que te identificabas. Corralas con acentos de toda España, a veces de más allá, en las que aún tenían cabida expresiones como «tanto gusto». Bares con la carta pintada en sus lunas con laca de colores, un pulpo con chistera invitando a entrar. Yonquis y quinquis, sindicalistas poniendo en huelga a todo el país, estudiantes dejando a Felipe González contra las cuerdas. Billares en los que se fumaba, máquinas a todo volumen, la música de aquel matamarcianos grabada a fuego en los oídos. Un tiempo nuevo, esperanzado, excitante, una sensación que se captaba incluso desde la mirada infantil.

Ahora el centro se había convertido en un imán para gilipollas llegados de todas las partes del país, que se suma-

ban al numeroso producto local, todos más interesados en el selfi que en la vida, en su sucedáneo que en su suciedad. Por cada cine desaparecido, una multinacional de ropa; por cada cafetería con solera, un Starbucks; por cada tienda de discos, un *escape room*. Por cada bar, un gastrobar; por cada señora que cuidaba de los geranios, un diseñador; por cada padre con una chupa marrón, un Jaime que no tenía a nadie a quien cuidar.

El día en que todo acabó por destruirse fue el día donde ella, por fin, se atrevió a darle boleteo, algo que, en un principio, casi le causó alivio. Los últimos seis meses fueron agotadores de hastío. Habían dejado de hacer casi todo juntos, hasta discutir. El motivo del punto y final fue lo de menos, pero fue el de siempre, unos dirían que la inseguridad de Jaime, otros que la tendencia de ella a valorarse mediante el flirteo con cualquier imbécil que le ponía ojitos. Fueron meses de comidas donde las conversaciones, al principio animadas, esas donde uno se esfuerza por sacar los mejores tesoros del baúl, habían dado paso a comentarios insulsos sobre la actualidad informativa. Una semana antes del gran desastre volvió a verla exultantemente guapa de primavera, con ojos de princesa árabe y sonrisa de niña mala. Criticaron al resto, con envidiable complicidad, mientras tomaban algo en una terraza. Jaime incluso pensó que quizá todo había sido un mal sueño invernal, que las cosas se podían poner en marcha de nuevo, que ella podía volver a ver en él a ese tipo interesante, peculiar e ingenioso que era antes de sucumbir al desánimo. Él había bajado los brazos porque es difícil defenderse cuando el amor se fuga como el oxígeno de una nave espacial con un agujero de meteorito en su casco. Su relación parecía un queso gruyere, entre otras cosas porque el trabajo no acompañaba. Jaime escribía y, de vez en cuando, obtenía algún pequeño triunfo que no se trasladaba al resultado de la cuenta ban-

caria a final de mes. Vivir de escribir era complicado, vivir de escribir sin hacer la corte en el centro de Madrid lo era mucho más. Él le preguntó por los planes para el verano, ella le dijo que iba a estar muy liada con los congresos médicos. Le dio una infinidad de fechas. Jaime contestó que, para pasar así el verano, era mejor quedarse solo. Le dejó el balón al pie para que rematara a placer.

—Creo que nos deberíamos dar un tiempo —le dijo ella, utilizando lo mejor que pudo el eufemismo tantas veces visto en las series de televisión.

—Como tú veas. Pero déjate de tiempo. Si quieres dejarme es mejor que me lo digas aquí y ahora —le contestó Jaime con orgullo suicida.

—No lo sé. Solo te digo que ya no puedo más. Que necesito respirar de todo esto.

El gato los miraba desde el sofá, con cara de preocupación ante la desalentadora atmósfera. La mayoría de las discusiones las comenzaba ella por cualquier pequeño detalle de la casa, de la que Jaime se ocupaba con poco interés y menor acierto. Tuviera o no razón para aquellas emboscadas, el motivo último nunca era la vajilla en el fregadero o el polvo en las estanterías, y eso Jaime lo sabía, por lo que iba perdiendo poco a poco el control de las palabras, sin saber ya al cabo de un rato de qué estaban discutiendo realmente. Ella se limitaba a callar, dejando que él se desfondara en una defensa inútil, limitándose a observarlo entre la conmiseración y el desprecio. Sin embargo, aquel día, no iba a dejar pasar la ocasión de lanzarse como un Stuka en picado:

—Jaime, las cosas hace mucho que no están bien y lo sabemos.

—Claro que lo sabemos. A qué te crees que venían esas preguntas sobre si aún me querías. Soy tonto, un rato, pero tampoco tanto.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Que me tienes amargada, Jaime, con tus planes que no llevan a ninguna parte, con dejarlo todo para mañana. Hasta mis padres me han preguntado qué me pasa. Cuando me dicen que por qué no te buscas un trabajo ya no sé ni qué contarles.

—Yo ya tengo un trabajo.

—No, un trabajo de verdad... Mira, ya hemos hablado de esto muchas veces. Sé que tienes razón en todo lo que dices sobre política, sobre el porqué no te salen más colaboraciones, pero es que con tus razones yo no siento que avance hacia ninguna parte.

—Pero, vamos a ver. —Y Jaime se empezó a quebrar viendo que esta vez la situación no tenía arreglo—. Si hace seis meses, antes de Navidades, me dijiste que querías tener un hijo conmigo...

—Jaime, joder, pero ¿cómo voy a tener un hijo contigo si eres incapaz de llenar la nevera?

Un pajarillo se posó en uno de los bancos semicirculares que hay frente al Prado. Jaime lo observaba mientras picoteaba unos trocitos de patata que alguien había dejado caer de un aperitivo despreocupado. Lo que para algunos es un sobrante para otros es un tesoro. Lo que a la mayoría le resultaría insignificante, un pajarillo, a Jaime, en aquel momento en que el recuerdo del colapso había vuelto a conquistar su presente, le resultaba un alivio. El gorrión, parduzco, apenas del tamaño de un puño, lo miró y pio, como pidiendo más, quizá despidiéndose antes de emprender un vuelo que lo llevó a los tejados del museo. Una pareja pasó y se lo quedó mirando de soslayo. Jaime se puso las gafas de sol, para intentar tapar, ya tarde, unos ojos enrojecidos que contaban demasiado de una vida que había consumido su primera mitad cuando ape-

nas le había dado tiempo a comenzar nada, de dirigirse hacia ninguna parte. Parecía que sí, pero al final no.

Una vibración en el bolsillo. Jaime sacó el móvil mientras respiraba profundo y negaba con la cabeza, no sabía muy bien a qué. Se levantó algo de viento y algunas hojas secas, las primeras que se habían dejado caer de los árboles, interpretaron una pequeña danza. Si no hubiera sido por los coches a su espalda hasta se podría haber escuchado su crujido. La pantalla registraba un nuevo correo electrónico. Jaime abrió la bandeja principal. Tres mensajes sin leer.

El último, el que lo había alertado, era un boletín de noticias sobre Oriente Medio, al que se suscribió en una de las pasadas crisis. Lo marcó como leído. Se sentía culpable por no abrirlo, algo que seguramente nunca haría. Por otro lado, odiaba tener notificaciones pendientes; demasiadas cosas aplazadas en su vida para añadir un número más.

El segundo correo era del jefe de Opinión de uno de los digitales donde escribía. Le propuso una columna sobre las negociaciones en punto muerto para formar Gobierno entre el PSOE y Podemos. El rey estaba haciendo una ronda de consultas aquellos días para constatar que no había posibilidad de una nueva investidura, algo que nadie esperaba ya. «¿Habrán nuevas elecciones?», figuraba en el asunto del correo. «Todo un hacha el amigo, a quién se le hubiera podido ocurrir un enfoque tan original para un artículo», pensó Jaime.

El tercero era de un remitente desconocido, fyeo@dunkerke.fr, tenía un archivo adjunto y en el asunto se leía: «Todo empieza en septiembre». Jaime lo señaló para mandarlo a la carpeta de correo basura; en el mejor de los casos sería una estafa y en el peor contendría un virus. Sin embargo, no lo eliminó. Se quedó unos instantes mirando

ese correo marcado en azul sobre fondo amarillo pálido. Algo, en la frase de encabezado, lo impulsó a abrirlo.

El correo contenía una imagen. Jaime la miró en silencio unos segundos y la seleccionó para que ocupara toda la pantalla. Volvió a coger aire para después exhalar con dramatismo, uno diferente al de sus recuerdos, pasando del abatimiento a la tensión. Se quitó las gafas de sol y las colgó del cuello de la camisa que, como la de su padre, también era de cuadros.

En la imagen se veía una fotografía de factura profesional que parecía hecha con un teleobjetivo. Una finca, quizá una casa de campo por el norte, a juzgar por el verdor del césped que alfombraba la escena. Cinco personajes en una mesa blanca de jardín, hierro forjado, producto de anticuario. Vino sobre la mesa, de al menos tres cifras por botella. Cuatro sentados, uno de pie.

Amplió con los dos dedos las caras de los protagonistas de la imagen. Ella fue la primera a la que reconoció: Claudia de la Hoz, la productora televisiva, a pesar de las gafas oscuras y el cigarro en la mano. Era, por el gesto, la que hablaba en esos momentos, como no podía ser de otra forma en una tirana profesional. De pie, apoyando la mano en su respaldo, José Antonio Satrústegui, uno de los empresarios más importantes del país, pelo escaso y aceitoso, camisa de lino blanca, cara de *bulldog*. Sentado a la derecha de Claudia de la Hoz, Horacio Cires, un tipo que creyó reconocer como uno de los jueces de la Sala Segunda del Supremo, la Penal, la encargada de los casos de corrupción. A la izquierda, Carlos Salmo, un ministro de segunda fila de la época de Aznar, y de espaldas a la cámara, sin que se le viera el rostro, un hombre con gorra de cazador.

Jaime hizo memoria, era la primera vez que veía aquella imagen. Estaba casi seguro porque, para empezar, co-

rrían rumores de que Claudia de la Hoz y Satrústegui, el empresario, andaban liados, pero nadie había conseguido una foto conjunta. Pensó que de haber visto ya aquella escena se acordaría de una reunión tan inquietante; sobre aquel exministro había pesado un caso de corrupción y que estuviera junto a uno de los jueces que dirimía aquellos asuntos hubiera sido un escándalo mayúsculo. Además, qué demonios hacía toda aquella gente junta, dónde estaban, de qué hablarían. Pensó que el único referente válido con el que podía comparar la imagen era con una reunión de SPECTRA, la organización para el caos y la destrucción contra la que se enfrentaba una y otra vez James Bond en sus películas.

Devolvió la imagen a su tamaño original dentro del cuerpo del correo. Había escritas unas breves palabras bajo la fotografía:

Si quiere usted saber más, elimine este mensaje incluso de la papelera. Acuda a la Estación Sur de Autobuses a las 13 h del lunes de la próxima semana. No comente con nadie estas líneas. No intente guardar la fotografía. Habrá mucha más información si se atiene a mis instrucciones. Sea cauteloso, por favor.

Atentamente,
Un amigo de la verdad y la decencia.
¡Viva España con honra!